
JORNADA SEGUNDA

*Salen el CONDE y GAULÍN su
criado*

CONDE: ¡Notable navegación!
 si no pasara por mí,
 no creyera tal.

GAULÍN: Yo sí;
 y si mayor confusión,
 --después de tanto tormento--
 es ver un navío seguro,
 sin piloto, Palinuro,
 que sin embate ni viento,
 tan sosegado tomase
 puerto en esta playa, caso
 que ahora parece acaso.

CONDE: ¡Que se fuese y me dejase!

GAULÍN: Que es gran maravilla, pienso,
 o alguna extraña aventura.

CONDE: ¡Qué prodigiosa hermosura!

GAULÍN: ¿De qué estás, Señor, suspenso?

CONDE: El sentido he de perder.

GAULÍN: (Él ha dado en mentecato). **Aparte**

CONDE: ¡Oh peregrino retrato,
 oh bellísima mujer!

GAULÍN: Señor, que te echas a pique
 haciéndole al juicio quiebra;
 ¿no ves que te dio culebra,
 la fiera por alambique
 vuelta en dama, y que sin duda,
 fue algún espíritu malo?

CONDE: A un ángel, Gaulín, la igualo;
 de ese pensamiento muda.

GAULÍN: Con eso me desbautizo,
 me enfurezco, me remato;
 ¿enviaste aquel retrato?
 ¿no ves que fue ruido hechizo?
 pues luego ver una fiera,
 y transformarse en mujer,
 --aunque no hay mucho que hacer--
 ¿quién, sino el diablo, lo hiciera?
 Entrarnos en un navio
 desarbolado, y al punto
 verlo con jarcias, pregunto,
 ¿quién pudo hacerlo, amo mío?
 no ver quien lo gobernaba,
 quién lo sacó y guió
 hasta aquí, pregunto yo,
 ¿quién lo hizo, Señor?

CONDE: Acaba,

 Fortuna.

GAULÍN: ¡Gentil despacho!
 ¡Linda urdiembre y mejor trama,
 retrato, nao, fiera y dama,
 fortuna.

CONDE: Calla, borracho.

GAULÍN: ¡Yo de hambre y sed, vive el cielo!
 tengo ya lánguido el bulto.

CONDE: Ahora, Gaulín, dificulto
 el comer.

GAULÍN: ¡Qué gran consuelo
 fuera para mí el hallar
 una santa chimenea!
 Mas, ¡vive Dios!, que humea
 hacia allí, no hay que dudar.

CONDE: ¿Qué? ¿Estás loco?

GAULÍN: No estoy loco.

CONDE: De tu humor me maravillo.

GAULÍN: Morirás; hay un castillo
 bellísimo.

CONDE: Espera un poco;
 dices bien, yo he de ir allá.

***Mirando el CONDE hacia donde estará pintado
un castillo***

GAULÍN: Vamos, aunque sea al abismo.
 Contigo, al infierno mismo
 no temeré, claro está;
 porque es cierta conclusión,
 que contradicción no implica,
 que quien anda en la botica,
 ha de oler al diaquilón.

CONDE: Entra, pues.

GAULÍN: Ya, Señor, entro,
 si puedo; que el miedo sabio
 azoga el aliento al labio,
 mas, él se quedó allá dentro.

Entran en el castillo y salen ALDORA y ROSAURA

ALDORA: Ya, en el castillo le tienes;
 ¿qué intentas hacer ahora?

ROSAURA: Darme de mi dicha, Aldora,
 venturosos parabienes.

ALDORA: Y en fin, ¿mañana has de dar
 a los príncipes audiencia?

ROSAURA: Sí, aunque es vana diligencia,
 [-ar].

ALDORA: Pues ya viene allí.

Mirando a la puerta de la derecha

ROSAURA: Procura
 que no nos vea.

ALDORA: Es error;
 ven.

***Va[n]se y salen el CONDE y GAULÍN
temblando***

GAULÍN: Buen ánimo, señor,
 que dizque todo es ventura;
 mas, no sé si me resuelva
 a parecer alentado;

porque aún no se me ha olvidado
el leoncillo de la selva.

CONDE: Hermosa estancia, Gaulín,
y vestida ricamente.

Mirando las paredes

GAULÍN: Sí, mas no hemos visto gente
en sala ni camarín,
patio, tinelo o cocina;
de su distrito apacible,
ni un ápice comestible;
cosa que me desatina.

CONDE: ¿Hambre tienes?

GAULÍN: Claro está
que es contrario poderoso;
¿tengo yo cuerpo glorioso,
como tú, señor? mas ya,

***Saquen una mesa sin que se vea quién, con
mucho aparato y ponen una silla arrimada al paño***

sin ver ni oír quién la pone,
silla y mesa tienes puesta;
grandiosa ventura es esta,
que la suerte te dispone.

CONDE: Cosas son éstas, Gaulín,
que no le dejan recurso
a la razón ni al discurso,
encaminados a un fin.

Miro varios accidentes,
cuyas conjeturas son
para el alma confusión.

GAULÍN: Lo mejor es que te sientes.
Todos los medios que has visto,
te guiaron a este empeño;
come, no se encoge el dueño
de casa; por Jesucristo,
agradece el hospedaje,
aunque sea cumplimiento.

CONDE: No entiendo tanto portento.

GAULÍN: Come, pese a mi linaje.

CONDE: ¡Válgame Dios, si no fuera
mi corazón tan valiente!

GAULÍN: No seas impertinente,
que la comida te espera.

CONDE: Por no parecer ingrato,
me mostraré agradecido.

Mas, por Dios...

GAULÍN: Ya me he comido
yo con los ojos un plato.

CONDE: Que excusara el beneficio,
excusado el bienhechor.

GAULÍN: No des en eso, Señor;
acaba.

CONDE: Pierdo el juicio.

GAULÍN: Siéntate.

***Siéntase y quitan la toalla de encima por
dentro de la mesa***

CONDE: Siéntome, pues.
 GAULÍN: Y esto, ¿no lo hace el diablo?
 pues, por Dios, que no soy Pablo
 ni Onofre; mi amo es.
 Música a fuer; de Señor
 te tratan.

Tocan instrumentos y cantan

CONDE: Déjame oír.
 GAULÍN: Que nos dejara mugir,
 fuera el regalo mayor.

***Canten y coma el CONDE los platos que le sirven por
 debajo de la mesa***

CONDE: Dulce engaño, ¿dónde estás?
 que ciego ignoro la parte,
 donde mi amor puede hallarte.

Cantan dentro

[VOZ]: "Si me buscas me hallarás"
 CONDE: ¿Si me buscas me hallarás?
 el final de aquella letra,
 toda el alma me penetra.
 GAULÍN: Advierte que cantan más.

Una voz dentro canta

[VOZ]: "Si acaso ignoras de amor
 esta enigma venturosa,
 en la más dificultosa
 más se conoce el valor;
 no te parezca rigor
 la duda que viendo estás.
 TODOS: "Si me buscas me hallarás"
 CONDE: Al alma me hablan; gran día,
 Gaulín, para ti.

Comiendo el CONDE siempre

GAULÍN: Es preciso,
 si lleno esté paraíso.
 CONDE: Come éste; por vida mía;
 pues esta licencia da,
 el ver que nadie nos ve.

***Apártale una empanada que estará a
 una esquina de la mesa***

GAULÍN: Dios te dé vida; que a fe,
 que la deseaba ya.

Al tomarla, ábrela y salen cuatro o seis

pájaros vivos de ella

¿Qué es esto? burla excusada;
luego que empanada vi,
por Dios vivo, que temí
que me daban, en pan, nada.

CONDE:

Pues, ¿qué fue?

GAULÍN:

Nada presumas
que fue, pues en un momento,
los pájaros en el viento
forman abriles de plumas;
volaron, en conclusión.

**Bebe el CONDE y al darle el vaso a GAULÍN se
lo quitan de la mano**

CONDE:

Brindis.

GAULÍN;

Salutem et pacem,
aunque sin razón me hacen,
digo que haré la razón.

CONDE:

¿Qué es esto?

GAULÍN:

Qué puede ser
sino la mala ventura
que me sigue y me procura
desbautizar y ofender?

¿Soy zurdo, o soy corcovado?
¿cómo me tratan así?

CONDE:

Come, Gaulín, come aquí
en este plato, a este lado.

Pásase GAULÍN al otro lado

Huéspedes somos los dos;
quizá aquí estarás seguro.

**Al comer del plato que le aparta el CONDE se lo
quitan de la mano**

GAULÍN:

¡Oh maestra! ¡perjuro,
quien te viera! ¡Vive Dios,
que este es rigor inhumano!

CONDE:

Calla, y el semblante alegre.

GAULÍN:

Pues lleve el diablo a mi suegra;
¿soy camaleón cristiano?
¿para esto nos han traído?
mal haya, amén, la venida.

Vuelven a cantar

CONDE:

¿Cantan? oye, por mi vida.

GAULÍN:

Oye tú, pues has comido.

Música dentro

[VOZ]:

"Probé lágrimas vertidas
y enjutos ojos serenos,
y sé que no cuestan menos

lloradas que detenidas."

CONDE: Buscaré; pues que me animan,
esta dicha.

GAULÍN: De la mesa
he de tomar esta presa;

Al ir a meter la mano en el plato se la agarran

¿por qué? ¿por qué me lastiman?
¿qué te he hecho? ¿qué te he hecho,
mujer, hombre o Satanás?

***Suéltanle la mano, levántase el CONDE
y quitan la mesa***

¿No comes más?

CONDE: Ya no más.
GAULÍN: Hágate muy buen provecho.

Tú has comido; y, ¡ay del triste
que está en ayunas!

CONDE: ¡Prodigios
me suceden!

GAULÍN: Vive Dios,
que estoy hambriento y mohino.
Ya es de noche y encerrados
en esta trampa o castillo
estamos, sin luz, sin camas;
por Dios, que pierdo el jüicio;
parece, señor, que adrede,
aún mas presto ha anochecido
que otras veces.

CONDE: No te aflijas.
GAULÍN: ¡Gran flema! ¡gentil alivio!
encerrados y sin luz;
sin saber la parte o sitio
dónde estamos; claro está
que este es encanto o hechizo
del Demonio, o por lo menos
estamos entre enemigos
de la fe.

CONDE: Aunque sean demonios,
resistirlos.

GAULÍN: ¿Resistirlos?
yo no estoy para reñir,
y tengo el bulto vacío,
y no haré más; ¡Dios me valga!

Sale ROSAURA a oscuras y tropieza al salir

ROSAURA: Tropecé, ¡Dios sea conmigo!
GAULÍN: No tan malo; ¿oyes, Señor?

Temblando GAULÍN, con miedo

A Dios nombró.

CONDE: Ya lo he oído;
¿quién va allá?

ROSAURA: ¿Quién habla aquí?
 CONDE: Un hombre.
 ROSAURA: Pues ¿qué motivo
 le ha traído a profanar
 de mi palacio el retiro?
 CONDE: La Ocasión.
 ROSAURA: ¿De qué manera?
 CONDE: Yo lo ignoro, por Dios vivo.
 ROSAURA: Pues, ¿quién os trujo?
 CONDE: No sé.
 ROSAURA: ¿Qué buscáis?
 CONDE: Un laberinto.
 ROSAURA: Y, ¿quereis salir de él?
 CONDE: Sí,
 si vos me dais luz e hilo.
 ROSAURA: Ahora bien; sosegaos, Conde.
 CONDE: ¡Válgame Dios! ¿quién os dijo
 quien soy?
 ROSAURA: Quien lo sabe.
 CONDE: Basta;
 que digáis, os suplico,
 quién sois.
 ROSAURA: Soy una mujer
 que os quiere.
 CONDE: El favor estimo.
 GAULÍN: ¡Plegue a Dios que por bien sea!
 ROSAURA: Ya, que le paguéis aspiro.
 CONDE: Si aspiráis a eso, no
 desluzgáis el beneficio
 en ocultaros de mí.
 ROSAURA: El ocultarme es preciso
 por algún tiempo.
 CONDE: Es rigor.
 ROSAURA: Es fuerza.
 CONDE: ¡Oh qué barbarismo!
 ¿Queréisme bien?
 ROSAURA: Os adoro.
 CONDE: Pues, ¿qué teméis?
 ROSAURA: A vos mismo.
 CONDE: ¿No sois digna de mi amor?
 Decid.
 ROSAURA: Sugeto sois digno
 de mucho amor.
 CONDE: Pues, ¿por qué,
 cuando me tenéis rendido
 en vuestro poder y estáis
 satisfecha de lo dicho,
 me negáis vuestra hermosura,
 privando el mejor sentido
 del gusto en su bello objeto?
 ROSAURA: No apuremos silogismos;
 confieso que es el más noble;
 más pronto, más advertido
 que los demás; pero yo,
 para acrisolar lo fino
 del oro de vuestra fe,
 árbitro hago el oído
 en su juicio, afianzado
 de mis dichas lo propicio
 con misterioso decoro;
 demás que ya me habéis visto
 y os he parecido bien.
 CONDE: ¿Yo? ¿cuándo?

ROSAURA: No he de decirlo;
 tiempo vendrá en que sepáis
 quién soy y lo que os estimo.

GAULÍN: (Brava maula; ¡vive Dios! **Aparte**
 que lo cogió al esportillo.)

CONDE: ¿Que al fin, no queréis que os vea?

ROSAURA: No puedo.

CONDE: ¡Raro capricho!

ROSAURA: Conde, creedme y queredme.
 Ciego es amor.

CONDE: Ciego y niño,
 cuya materia alimenta
 los espíritus visivos
 de dos que se corresponden.

ROSAURA: Débaos yo haberme creído,
 pues me debéis lo que os quiero.

CONDE: ¿No me obligáis?

ROSAURA: Sí, os obligo
 ahora descansad; el lecho
 os espera.

CONDE: No es alivio
 el lecho para quien tiene
 tan desvelado el jüicio.

ROSAURA: Pues que os desveléis me importa;
 que para cierto designio,
 os he después menester.

CONDE: Si valgo para serviros,
 dichoso yo; ahora estaré
 contento y agradecido.

ROSAURA: Ea, entráos a reposar,
 que una antorcha os dará aviso,
 seguidla.

CONDE: Esperad, oid.

ROSAURA: No puedo, adiós.

Vase

CONDE: ¿Has oído
 lo que me pasa, Gaulín?

GAULÍN: Y estoy temblando de oirlo.

CONDE: ¿Quién será aquesta mujer?

GAULÍN: Bruja, monstruo o cocodrilo
 será, pues tanto se esconde...
 allí viene el hacha; asido
 de tí me tengo de entrar.

CONDE: La luz por mi norte sigo.

GAULÍN: Yo la tuya por mi sol.

**Sale ALDORA con una hacha y va guiando al CONDE y
 al entrarse GAULÍN; ella le agarra**

ALDORA: ¿Dónde vas tú?

GAULÍN: ¡San Patricio!
 donde su mercé mandare;
 siguiendo iba cierto amigo,
 a quien un ángel o un cielo
 hoy hace amigable hospicio.
 Mas, dónde su mercé está,
 (Virtud quiero hacer el vicio, **Aparte**
 ¡Oh gran necedad del miedo!
 no he menester, imagino,

más favor.)
 ALDORA: ¿Ángel o cielo?
 GAULÍN: Sí, Señora.
 ALDORA: ¿Habéisla visto?
 GAULÍN: No, Señora.
 ALDORA: Siempre habláis
 de cabeza.
 GAULÍN: Pues, ¿qué he dicho?
 ALDORA: Nada; que rata, ratera,
 Roma, raída, ronquillo...
 GAULÍN: ¡Oh!
 ALDORA: Raposa, raída, rana,
 relamida...
 GAULÍN: ¡San Remigio!
 ALDORA: ¿No es esto hablar?
 GAULÍN: Do, re, fa,
 mi, sol --la piedad te pido--;
 un rastrojo, un remendón,
 un repostero, un rengifo,
 un repollo.
 ALDORA: Bien está.
 GAULÍN: Y tu esclavo...
 ALDORA: Ven conmigo;
 que de todas estas erres
 has de llevar un recibo.
 GAULÍN: ¿Relámpagos a estas horas?
 sobre mi dio el remolino.

Vanse y salen EMILIO y ROBERTO de Transilvania

ROBERTO: Como quien dice amor dice impaciencia;
 hoy, que Rosaura hermosa nos da audiencia,
 a esta justa de amor, aventurero
 vengo, Emilio, el primero.
 EMILIO: Quien primero en grandezas siempre ha sido
 primero, claro está, será elegido.
 ROBERTO: No me prometo de mis dichas tanto.

Sale FEDERICO de Polonia

FEDERICO: ¡Si me premiase amor, pues sabe cuánto
 lo deseo!

Sale EDUARDO de Escocia

EDUARDO: De amor los tribunales,
 solicitamos hoy con memoriales.
 FEDERICO: ¿Qué hay, famoso Roberto?
 ROBERTO: De amor al triunfo incierto,
 tres concurrimos; ¡lance peligroso!
 FEDERICO: Si el mérito se advierte,
 yo estoy desconfiando de mi suerte.
 ROBERTO: Pues, si el común proverbio mi fe es fuerza
 yo, príncipe, seré feliz por fuerza;
 si al fin, como mujer, Rosaura elige,
 si ya no es que deidad mayor la rige.
 EMILIO: Caballeros, su alteza.

Salen ROSAURA, ALDORA y acompañamiento

FEDERICO: ¡Qué majestad!
 EDUARDO: ¡Qué garbo!
 ROBERTO: ¡Qué belleza!
 EMILIO: Aquí están, gran Señora,
 los príncipes heroicos.
 ROSAURA: ¡Ay Aldora,
 que han de cansarse en vano!
 EMILIO: El escocés, polonio y transilvano.
 ALDORA: No excuses agasajos repetidos.
 ROSAURA: Sean vuestras altezas bien venidos.
 ROBERTO: Quien ya os pudo ver, no se ha excusado
 de ser en cualquier tiempo bien llegado.
 ROSAURA: Lisonja o cortesía,
 es de estimar; sentaos, por vida mía.

***Después de haberse asentado ROSAURA, van
 tomando asientos diciendo cada uno estos versos cogiéndola en medio***

EDUARDO: A tal precepto, mi obediencia ajusto.
 ROBERTO: Soy vuestro esclavo.
 FEDERICO: Obedecer es justo.
 ROSAURA: Supuesto que el rüido
 de la fama ligera os ha traído,
 ¡oh príncipes excelsos! que la fama
 clarín es ya que llama,
 por dote o por belleza, al casamiento,
 y el mío solicita vuestro intento,
 cualquiera digresión es excusada;
 admitiros me agrada,
 sea el buscarme gusto o conveniencia;
 hablad.
 ROBERTO: ¡Qué gran valor!
 EDUARDO: ¡Qué gran prudencia!
 ROBERTO: Habla tú, Federico.
 FEDERICO: Por no ocupar el tiempo, no replico.
 Yo soy, Rosaura hermosa,

Haciendo la cortesía se levanta

de la provincia fértil y abundosa
 de Polonia heredero;
 no con riquezas obligaros quiero,
 párias de plata y oro;
 aunque es grande el tesoro
 que hoy dispende mi padre Segismundo
 por el mayor del mundo;
 que el más rico, según mi sentimiento,
 es el vivir pacífico y contento,
 de su reino leal obedecido,
 de todos los extraños bien querido.
 Yo, pues, como publico,
 soy, Señora, el polonio Federico.
 Esto que soy, a vuestra alteza ofrezco,
 y sé que no merezco
 aspirar a la gloria
 de estar un solo instante en tu memoria;
 mas, básteme la dicha que interesa
 mi fe, con oponerse a tanta empresa.
 EDUARDO: Mi nombre es Eduardo,

Levántese y hace cortesía

mi reino Escocia, que en la gran Bretaña
se incluye, a quien el Talo, poco tardo,
de perlas riega, de cristales baña;
cerca le asiste el irlandés gallardo,
provincia hermosa, que, sujeta a España
participa feliz de su grandeza,
esfuerzo, armas, virtud, valor, nobleza;
no dilatado mucho, mas dichoso
por la fertilidad, riqueza, asiento,
belleza y temple de su sitio hermoso,
por suyo a vuestra alteza lo presento;
poco don, pero muy afectuoso,
y si igualarle a mi deseo intento,
a todos los del uno, al otro polo
no hay duda, excederá su valor solo.

ROBERTO: Yo soy, bella Emperatriz,
aquel prodigio a quien llama
Alcides fuerte la Europa,
invencible Marte el Asia;
cuyos hechos tiene impresos
el tiempo en la eterna España
de las memorias, porque
se inmortalicen preclaras
las mías, asunto ilustre
de la voladora fama,
que hoy noticiosa ejercita
plumas, ojos, lenguas, alas,
vista, relación y vuelo
en publicar alabanzas
a mi nombre; finalmente,
Roberto de Transilvania
soy, cuyo famoso reino
en sus términos abarca
cuatro grandiosas regiones,
que son Valaquia o Moldavia,
que todo es uno, la Servia,
la Transilvania y Bulgaria,
reinos distintos que incluye
el gran imperio de Dacia.
De estos, pues, soy heredero,
hermosísima Rosaura;
hijo soy de Ladislao
y de Aurora de Tinacria,
y más, me precio de ser
inclinado a lides y armas
que de los reales blasones
de sus ascendencias claras;
pues ya, diez y siete veces
me ha mirado la campaña
armado, sin que me ofenda
de enero la fría escarcha,
de julio el ardiente sol,
con su hielo o con sus llamas.
Tiembla África de mi nombre,
sabe mi esfuerzo Alemania,
Dalmacia teme mi brío,
venera mi aliento España.
Perdona si te he cansado
en mis propias alabanzas;

que no suele ser vileza,
cuando a las verdades falta,
tercero que las informe,
razones que las persuadan.
Yo, pues, Rosaura divina,
ese imperio y el del alma,
libre a tu belleza ofrezco,
rendidas sus arrogancias,
sujetas sus bizarrías,
sus vanidades postradas;
justo rendimiento, pues
eres deidad soberana.

ROSAURA: Príncipes valerosos,
estimo los intentos generosos
que han a vuestras altezas obligado,
puesto que asunto soy de su cuidado,
y en tan justo afecto se acrisola;
y quisiera tener, no un alma sola,
sino tres que ofreceros con la vida;
que es bien que al premio el interés se mida
por deuda o cautiverio;
mas no tengo más de una y un imperio
que ofrecer a los tres. La elección dejo
a los de mi Consejo;
esto se mirará con advertencia
de mi decoro y vuestra conveniencia;
y puesto que ninguno ha de ofenderse,
despacio podrá verse
el que ha de ser mi dueño.

Levántanse todos

ROBERTO: Soy contento.
EDUARDO: ¡Claro ingenio!
FEDERICO: ¡Divino entendimiento!
Sea como lo ordenas.
EDUARDO: Tu precepto
es ley en mi respeto.
ROSAURA: Quedaos; que no quiero deteneros.

***Van acompañándola hasta la puerta
representando siempre***

ROBERTO: Señora, en todo es justo obedeceros,

***Vanse la princesa ROSAURA por su puerta y los
demás por otra y salen el CONDE y GAULÍN***

CONDE: ¿Qué dices?
GAULÍN: Digo que oí
lo que te he dicho.
CONDE: No sé;
¿Constantinopla?
GAULÍN: Eso fue.
CONDE: ¿Que es Constantinopla?
GAULÍN: Sí.
CONDE: ¿Tú, en fin, estás bien
hallado?
GAULÍN: ¿No he de estar, si duermo y como

sin pagarle al mayordomo
 distribución ni cuidado?
 CONDE: De mis dichas participas.
 GAULÍN: Claro está y tener procuro
 en mi estómago a Epicuro
 y a Heliogábalo en mis tripas;
 yo no sé por dónde viene,
 quién lo guisa o quién lo da;
 mas sé que en entrando acá
 es bueno el sabor que tiene.
 Guarde Dios cierta marquesa,
 que no veo, sin embargo
 que tomó muy a su cargo
 las expensas de mi mesa
 desde la noche que entramos;
 pero, dejando esto aparte,
 he querido preguntarte
 mil veces, no sé si estamos
 seguros de qué nos dio;
 escucha a fuer de convento,
 ¿cómo te hallas?
 CONDE: Muy contento.
 GAULÍN: ¿Viste ya la tal mujer?
 CONDE: No.
 GAULÍN: ¿Qué dices?
 CONDE: Lo que te digo.
 GAULÍN: Pues, ¿por qué?
 CONDE: Porque no quiere.
 GAULÍN: ¿Amante de miseria
 te has hecho?
 CONDE: Mis dichas digo.
 GAULÍN: ¿Y la quieres bien?
 CONDE: La adoro.
 GAULÍN: ¿Sin verla, Señor?
 CONDE: Sin vella.
 GAULÍN: ¿Y Lisbella?
 CONDE: No hay Lisbella;
 perdóneme su decoro.
 GAULÍN: Y, ¿el retrato y fiero?
 CONDE: Espera;
 vengo Gaulín, a entender
 que es esta hermosa mujer
 mi bella adorada fiero;
 porque haciendo reflexión,
 de los sucesos pasados
 en la memoria y notados
 equívocos y canción,
 y otras mil cosas, es ella.
 GAULÍN: Ésa es ignorancia clara,
 porque no se te ocultara,
 siendo una mujer tan bella.
 CONDE: Con fe de que la he querido,
 sea o no sea.
 GAULÍN: Bien mirado,
 tú estás muy enamorado,
 pero muy mal avenido.
 La fiero no es maravilla
 querer; mas, ¿quién no se pasma
 de que ames una fantasma,
 buho, lechuza, abubilla,
 sin saber si es moza o vieja,
 coja, tuerta, corcovada,
 flaca, gorda, endemoniada,

azafranada o bermeja?
 por Dios, que es un desaliño
 de los más lindos que vi.
 CONDE: Yo adoro, Gaulín, allí
 un espíritu divino.
 GAULÍN: ¡Espíritu! guarda fuera.
 CONDE: Un entendimiento claro,
 un ingenio único y raro,
 de quien mi fe verdadera
 hoy se halla tan bien pagada,
 que aprehende y con razón,
 que es la mayor perfección
 su hermosura imaginada;
 igual al entendimiento
 será toda, es evidencia.
 GAULÍN: Yo niego la consecuencia
 y refuto el argumento,
 pues jamás oí igual cosa,
 ni es posible que se vea;
 siempre la discreta es fea
 y siempre es necia la hermosa.
 CONDE: Si de iguales perfecciones
 consta la hermosura; ella
 es la más discreta y bella.
 GAULÍN: Disparate, aunque perdones;
 tú la miras con antojos
 de hermosura.
 CONDE: El alma ve,
 y el alma ha de hacer más fe
 que el crédito de los ojos.
 GAULÍN: ¡Qué hayas dado en inocente!
 Ya la noche se ha llegado;
 yo me acojo a mi sagrado.
 CONDE: Parece que siento gente.
 GAULÍN: Es fuerza, que ha anochecido.
 Yo temo que me han de dar
 mil palos y he de pagar
 por lo hablado, lo comido.
 CONDE: Calla, necio.
 GAULÍN: Ya me voy.
 Adiós, ¡oh que miedo llevo!
 hoy me ponen como nuevo.

Vase y sale ROSAURA

ROSAURA: ¿Conde?
 CONDE: ¿Quién me llama?
 ROSAURA: Yo soy.
 CONDE: ¿Cómo te hallas desde anoche?
 Como quien libradas tiene,
 en tu amor las esperanzas
 de su vida o de su muerte;
 como quien vive de amarte,
 como quien sin verte muere,
 y entre la gloria y la pena
 el bien goza, el mal padece.
 Pues si nada de esto ignoras,
 pues si todo esto aprendes,
 ¿cómo a mis ojos te niegas?
 ¿has juzgado, --acaso-- alevés
 las lealtades, los efectos

ROSAURA:

de mis verdades corteses?
que si es así, vives tú,
dueño amado, que me ofendes
en imaginarlo, aún más
que me obligas con quererme.
Conde, amigo, Señor, dueño,
aunque pudiera ofenderme
de tu poca fe, después,
de tan grandes y solemnes
juramentos, como has hecho,
de no hablar con esa leve
materia, ni procurar
de ninguna suerte verme
hasta que ocasión y tiempo
nuestras cosas dispusiesen,
préciome tanto la tuya;
¡oh Conde! y tanto me debes,
que disculpo lo curioso
de tu deseo impaciente,
con los achaques de amor,
que en ti flaquezas parecen.
A la fuerza de tus quejas,
he satisfecho mil veces
con decirte que soy tuya
y que presto podrás verme;
--o sea razón de estado,
o forzosos intereses
de mi voluntad, o sea
prueba de mi corta suerte--.
Hagan más crédito en ti
de amor las hidalgas leyes,
que el antojo de un sentido,
a quien no es justo deberle
crédito tal vez los cuatro.
Supuesto que engaña y miente;
los demás están despiertos,
y si ahora la vista duerme,
no quieras que por mi daño
y por el tuyo despierte.
Esto, Conde, importa ahora;
bien es que tu amor se esfuerce
en las dudas, que el valor
nunca en ellas desfallece.
Y porque veas que yo,
aún siendo forzosamente,
por mujer, más incapaz
de aliento, más flaca y débil;
fío más de tus verdades
y de la fe que me tienes,
que tú de mí te aseguras,
quiero revelarte, --advierte--
un secreto, confiada
en que indubitablemente
te volveré a mis caricias
victorioso, ufano, alegre.
Francia está en grande peligro,
el inglés cercada tiene
a París, del Rey, tu tío,
famosa corte eminente.
Ha sentido el Rey tu falta,
--como es justo--, pues no puede,
sin tu valor, gobernar
su desalentada gente.

Ésta, Conde, es ocasión
que dilación no consiente;
ve a favorecer tu patria,
haz que el enemigo tiemble,
que se sujeten sus bríos,
que su arrogancia se enfrene;
prueba es ésta de mi amor,
pues siendo el gozarte y verte
mi mayor dicha, procuro,
Partinuplés, que me dejes,
porque quiero más tu honor
que los propios intereses
de mi gusto; esto es amarte.
Al arma, pues, héroe fuerte;
ea, gallardo francés,
ea, príncipe valiente,
bizarro el escudo embraza,
saca el acero luciente,
da motivo a las historias
y a tu renombre laureles.
Al arma toca el honor;
la fama el ocio despierte,
el triunfo llame a las glorias
de tus claros descendientes;
pueda el valor más en ti
que de amor los accidentes;
desempeña belicoso
la obligación de quien eres;
porque yo te deba más
y porque el mundo celebre
mis finezas y tus bríos,
que unas triunfan y otras vencen.

CONDE: (Entre el amor y el temor, **Aparte**
no sé lo que me sucede.)

Al fin, Señora, ¿que Francia
está en peligro eminente?

ROSAURA: No hay duda, Conde; al remedio.

CONDE: Si tú me animas, ¿qué teme
mi amor? Mas, ¿podré llegar
a tiempo, cuando tan breve
remedio pide el peligro?

ROSAURA: Eso, Conde, es bien que dejes
a cargo de quien dispone
tus cosas; en ese puente
del río, que este castillo
foso de plata guarnece;
hallarás armas, caballo,
y quien te encamine y lleve
en breve espacio.

CONDE: ¿Que al fin
te he de dejar? ¡Lance fuerte!

ROSAURA: Esto importa por ahora;
tiempo queda para verme,
si acaso mi amor te obliga.

CONDE: Haz de mí lo que quisieres.

ROSAURA: ¿Sabes que me debes mucho?

CONDE: Sé que he de pagarte siempre.

ROSAURA: ¿Sabes que el alma me llevas?

CONDE: Sé que he de morir sin verte.

ROSAURA: ¿Serás mío?

CONDE: Soy tu esclavo.

ROSAURA: ¿Serás firme?

CONDE: Eternamente.

ROSAURA: ¿Olvidarásme?
CONDE: Jamás.
ROSAURA: ¿Volverás con gusto?
CONDE: Advierte
 que sin tí, no quiero vida.
ROSAURA: Pues, adiós.

Vase

CONDE: Adiós. Si excede
 la obligación al amor,
 en mi ejemplo puede verse;
 pues hoy, porque mi honor viva,
 me solicitó la muerte.

Vase

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

El conde Partinuplés, [Jornada III](#)

Texto electrónico por [Vern G. Williamsen](#) y [J T Abraham](#)
Formateo adicional por Matthew D. Stroud

[Volver a la lista de textos](#)



[Association for Hispanic Classical Theater, Inc.](#)

Actualización más reciente: 26 Jun 2002